

Juventud de la Iglesia y esperanzas de los jóvenes ¿Qué podemos esperar del próximo Sínodo?¹

Rossano Sala

Secretario Especial de la XV Asamblea General Ordinaria de Obispos

La vocación de la Iglesia según el *Documento preparatorio* del próximo Sínodo de Obispos que se desarrollará del 3 al 28 del próximo mes de octubre, es clara: “En el compromiso de acompañar a las nuevas generaciones la Iglesia acoge su llamada a colaborar en la alegría de los jóvenes, más que a intentar apoderarse de su fe (cfr. 2Cor 1,24). Dicho servicio se arraiga en última instancia en la oración y en la petición del don del Espíritu que guía e ilumina a todos y a cada uno”².

Por esta razón, os pido que seáis lo más *sensibles* posible *al Espíritu*, de modo que mis palabras puedan sugeriros el mejor modo de llegar a ser colaboradores del gozo de los jóvenes en este tiempo nuestro tan rico en desafíos, riesgos y oportunidades.

Divido mi intervención en cinco puntos. Me gustaría partir idealmente, en esta conversación mía, de la conclusión del Concilio Vaticano II. En un segundo momento buscaré sintonizar con el clima cultural de nuestra Europa de hoy. En un tercer paso, releendo algunas respuestas de las Conferencias episcopales europeas, intentaré poner de relieve los desafíos que los jóvenes plantean a la Iglesia hoy. En el cuarto punto hablaré sobre la ambivalencia del mundo digital. Finalmente concluiré mi exposición planteando el próximo Sínodo como una gran ocasión para la Iglesia de reapropiarse de un auténtico “dinamismo juvenil”.

¹ Conferencia pronunciada con motivo de la fiesta de Santo Tomás en la Facultad de Teología.

² Sínodo de Obispos, XV Asamblea General Ordinaria de Obispos, *Documento Preparatorio*.

1. LA IDENTIDAD DE LA IGLESIA EN EL MENSAJE A LOS JÓVENES DEL CONCILIO VATICANO II

El 8 de diciembre de 1965, entre los actos finales del Concilio Vaticano II, se entregó a los jóvenes un mensaje, el último mensaje del Concilio. Es bueno volver a oírlo en su totalidad, dada la riqueza de perspectivas ofrecidas y la concisión del texto:

“Finalmente, es a vosotros, jóvenes de uno y otro sexo del mundo entero, a quienes el Concilio quiere dirigir su último mensaje. Porque sois vosotros los que vais a recibir la antorcha de manos de vuestros mayores y a vivir en el mundo en el momento de las más gigantescas transformaciones de su historia. Sois vosotros los que, recogiendo lo mejor del ejemplo y de las enseñanzas de vuestros padres y de vuestros maestros, vais a formar la sociedad de mañana; os salvaréis o pereceréis con ella.

La Iglesia, durante cuatro años, ha trabajado para rejuvenecer su rostro, para responder mejor a los designios de su Fundador, el gran viviente, Cristo, eternamente joven. Al final de esa impresionante «reforma de vida» se vuelve a vosotros. Es para vosotros los jóvenes, sobre todo para vosotros, por lo que la Iglesia acaba de alumbrar en su Concilio una luz, una luz que alumbrará el porvenir, vuestro porvenir.

La Iglesia está preocupada porque esa sociedad que vais a constituir respete la dignidad, la libertad, el derecho de las personas, y esas personas son las vuestras.

Está preocupada, sobre todo, porque esa sociedad deje expandirse su tesoro antiguo y siempre nuevo: la fe, y porque vuestras almas se puedan sumergir libremente en sus bienhechoras claridades. Confía en que encontraréis tal fuerza y tal gozo, que no estaréis tentados, como algunos de vuestros mayores, de ceder a la seducción de las filosofías del egoísmo o del placer, o a las de la desesperanza y de la nada, y que, frente al ateísmo, fenómeno de cansancio y de vejez, sabréis afirmar vuestra fe en la vida y en lo que da sentido a la vida: la certeza de la existencia de un Dios justo y bueno.

En el nombre de este Dios y de su Hijo, Jesús, os exhortamos a ensanchar vuestros corazones a las dimensiones del mundo, a escuchar la llamada de vuestros hermanos y a poner arduosamente a su servicio vuestras energías. Luchad contra todo egoísmo. Negaos a dar libre curso a los instintos de violencia y de odio, que engendran las guerras y su cortejo de males. Sed generosos, puros, respetuosos, sinceros. Y edificad con entusiasmo un mundo mejor que el de vuestros mayores.

La Iglesia os mira con confianza y amor. Rica en un largo pasado, siempre vivo en ella, y marchando hacia la perfección

humana en el tiempo y hacia los objetivos últimos de la historia y de la vida, es la verdadera juventud del mundo. Posee lo que hace la fuerza y el encanto de la juventud: la facultad de alegrarse con lo que comienza, de darse sin recompensa, de renovarse y de partir de nuevo para nuevas conquistas. Miradla y veréis en ella el rostro de Cristo, el héroe verdadero, humilde y sabio, el Profeta de la verdad y del amor, el compañero y amigo de los jóvenes. Precisamente en nombre de Cristo os saludamos, os exhortamos y os bendecimos”.

En estos párrafos se pueden encontrar indicios de la intencionalidad del trabajo conciliar y también una definición importante de la Iglesia misma.

Se dice en primer lugar que los cuatro años del Concilio han sido un tiempo fecundo para rejuvenecer el propio rostro. Esto significa que la Iglesia misma, bajo el impulso del Espíritu, ha reconocido una situación de inadecuación y ha percibido la necesidad de un cambio de perspectiva. El rostro, lo sabemos, es el espejo del alma y la manifestación de la persona. Trabajar para rejuvenecer el propio rostro, pero sin operaciones de estética superficial, ha sido la tarea del Concilio. El motivo de este empeño es muy serio e importante: “para responder mejor a los designios de su Fundador, el gran viviente, Cristo, eternamente joven”.

Para profundizar más se afirma también que la Iglesia, durante los cuatro años del Concilio, se ha sometido a una “impresionante reforma de vida”. Debemos por tanto pensar en un recorrido ascético y místico, semejante a una experiencia de ejercicios espirituales en la que uno escucha la propia situación, se produce una verdadera purificación y finalmente uno elige con recta conciencia el camino que se quiere seguir. El trabajo de liberación de lo que es superfluo, orientado al retorno a la esencia del Evangelio, parte de la necesidad de cuestionarse a todos los niveles: en eso consiste una radical revisión de vida.

Finalmente se da una importante definición de la Iglesia misma: “la Iglesia es la verdadera juventud del mundo”. Si la antigua *Carta a Diogneto* decía que los cristianos son “el alma del mundo” aquí se dice que *la Iglesia en el mundo representa su juventud, y es portadora del espíritu propio de los jóvenes en el mundo*. La Iglesia porta la experiencia de la juventud en el mundo en tanto en cuanto porta a Cristo, la eterna novedad y por tanto lo que es perennemente joven y burbujeante en la historia. Se trata de una definición original de la Iglesia, ciertamente cargada de consecuencias, porque le impone un estilo, un modo de proceder muy exigente.

2. LA “NUEVA SECULARIZACIÓN” EN EL ACTUAL CONTEXTO EUROPEO

El *Mensaje a los jóvenes* del Concilio nos ha llevado a analizar la situación de la Iglesia en el mundo contemporáneo que, al menos en los países europeos, se caracteriza por una “nueva experiencia de secularización”³.

Hay que aclarar inmediatamente que la “pastoralidad”, en esta línea tiene que entenderse exactamente como el *vínculo* entre la situación de los destinatarios del mensaje evangélico y la acción del Dios vivo por medio de su Iglesia en la concreción del tiempo y de la historia.

Ahora bien, numerosos indicios del *Mensaje a los jóvenes* se refieren a la situación cultural y a los desafíos de *aquel* tiempo. Hoy en el cambio de época en el que estamos insertos, la “condición humana” que estamos llamados a evangelizar está caracterizada al menos por cuatro aspectos que conviene nombrar.

El primer aspecto sobre el que fijar nuestra atención es ciertamente la *nostalgia espiritual*. La secularización, en cuanto experiencia vinculada a un “humanismo exclusivo” y a una horizontalidad de los fines y de la existencia, abre el campo a la nostalgia de trascendencia y de un sentido que vaya más allá de un bienestar material y relacional limitado.

Los datos sociológicos nos dicen que el tema de la búsqueda del sentido de la vida y de una experiencia espiritual que se abra a diversos niveles de realidad está hoy vivo y activo.

La experiencia de trascendencia ofrecida por la fe y la espiritualidad generada por ella puede sin duda ser una respuesta auténtica a esta nostalgia.

El segundo aspecto importante es la *parálisis en la toma de decisiones*, rasgo típico de nuestro tiempo donde las posibilidades aumentan de manera exponencial y, por tanto, es muy difícil escoger algo con seguridad, fidelidad y amplitud de miras. Estamos en un tiempo en el que parece que sólo se pueden hacer elecciones de pequeño calado, sólo por un tiempo, porque la axfianzante abundancia de propuestas inhibe la posibilidad de ampliar los propios horizontes de manera significativa.

³ M.P. Gallagher – G. Palasciano, *Credere e non credere. La fragilità della fede nel mondo di oggi*, Bologna 2017, 120.

En este sentido la experiencia cristiana del *discernimiento* abre el horizonte a un recorrido serio y profundo para reconocer lo que viene, interpretarlo adecuadamente y saber elegir el bien.

El tercer aspecto que caracteriza el tiempo de la nueva secularidad es la *incertidumbre cognoscitiva*. De una idea de verdad fuerte, típica no sólo de la teología cristiana sino también de un cientificismo y de un iluminismo prometeico, hemos pasado a su lado inconsciente, el de la infinita hermenéutica que conduce a la deriva cognoscitiva, dejando finalmente el micrófono en manos de los sostenedores de la *Postverdad*, donde lo que es verdadero es dado por el consenso y la capacidad de manipulación de los medios de comunicación de masas, el primero entre todos, internet.

Sólo la experiencia de la *contemplación* puede estar en condiciones de sobrevivir al bombardeo comunicativo de nuestro tiempo, recuperando el vínculo salvífico con la belleza de la verdad.

El último aspecto es la *desilusión institucional*. En una sociedad cada vez más post-social, donde el sujeto actúa por sí mismo y por sus intereses particulares, no se espera de las instituciones más que la custodia de los propios derechos individuales. Y en este sentido la institución, en cuanto que está estructuralmente comprometida –al menos como línea de principio– a sostener el bien de todos, hace siempre demasiado poco por el individuo involucrado en la realización, tendencialmente autista, de sí.

Sin un *replanteamiento antropológico* que parta de la génesis relacional del ser humano, destinado a la comunión de amor, será difícil recuperar el sentido auténtico de la autoridad.

3. ALGUNOS DESAFÍOS QUE LA JUVENTUD EUROPEA PLANTEA A LA IGLESIA

El “Instrumento de trabajo” para el próximo Sínodo se basará en cuatro fuentes específicas: las respuestas de las Conferencias Episcopales al *Cuestionario* propuesto en el *Documento preparatorio*; las respuestas de los jóvenes al *Cuestionario on line* presente en la página de la Secretaria del Sínodo; las actas del Congreso internacional sobre la condición juvenil celebrado en el Vaticano del 11 al 15 de septiembre de 2017 y finalmente las conclusiones de la “Reunión presinodal” de los jóvenes del 19 al 24 de marzo en Roma.

En esta sede me permito ofreceros una breve mirada sobre una sola respuesta de las Conferencias Episcopales europeas a las dieciocho preguntas dirigidas a ellas en el *Cuestionario* presentado al final del *Documento preparatorio*. Quizá podrá ser solo una pequeña muestra, pero puede ofrecernos una mirada interesante sobre los desafíos, sobre los deseos, sobre las expectativas de los jóvenes con relación a la Iglesia. Se trata de la pregunta número cinco del *Cuestionario*: “¿Qué piden concretamente hoy los jóvenes de vuestro país a la Iglesia?”. Las respuestas emitidas son amplias y articuladas, pero tienen algunos puntos comunes de indudable interés y dan cuenta de manera interesante de la *metamorfosis* que está teniendo lugar en nuestro mundo en estos años iniciales del tercer milenio⁴.

Lo que sigue no es más que mi *interpretación personal* de las respuestas de las Conferencias Episcopales de Europa a la pregunta número 5 del *Cuestionario* contenido en el *Documento preparatorio*.

a) Una presencia insignificante y fastidiosa

Varias conferencias episcopales, entre las cuales también la española, comienzan diciendo con extremo realismo, lucidez y claridad que muchos jóvenes no piden nada a la Iglesia, sino que piden que les deje en paz y no les importune. Algunos países donde reina un clima de avanzada secularización, sobre todo en el norte y el este de Europa, señalan que no pocos jóvenes piden que la Iglesia ¡deje de existir lo antes posible! Por tanto un porcentaje no pequeño de jóvenes europeos piden *la muerte de la Iglesia*; me parece honesto reconocer ante todo este dato que aparece, porque nos dice que en algunos contextos nuestra presencia no solo es insignificante, sino hasta fastidiosa e irritante. ¡Al menos debemos ser conscientes!

Detrás de esta fuerte demanda están algunas razones que se repiten con una cierta constancia.

El peso de los escándalos sexuales y económicos, muy subrayados y explotados por los medios de comunicación en estos últimos años para deslegitimar a la Iglesia en cuanto sociedad de poder corrupta e injustificable. Los jóvenes sostienen que la Iglesia debe ser una institución que debería brillar por su santidad,

⁴ U. Beck, *La metamorfosi del mondo*, Bari 2017.

coherencia y ejemplaridad. Por esto nos encontramos realmente frente a un gran obstáculo para el reconocimiento positivo de la Iglesia.

La falta de preparación de los ministros, que con frecuencia no consiguen comprender y abordar la condición juvenil es otro obstáculo relevante sobre la significatividad de la Iglesia. Muchos jóvenes señalan la distancia y la desafección de los ministros de la Iglesia respecto de los lugares de vida de los jóvenes mismos. Algunas veces lamentablemente se trata de ministros jóvenes a los que les cuesta o no quieren dedicarse a la pastoral juvenil.

La objetivación y la pasividad de los jóvenes en la Iglesia es otro elemento fuerte de crítica, porque muchas veces los jóvenes se sienten utilizados y no valorados. Resulta fuerte, por ejemplo, la interpretación “reclutativa” de toda la pastoral vocacional, que tantos jóvenes sienten como vinculada a la satisfacción de una demanda interna de personal en la Iglesia, más que a una obra de colaboración desinteresada y gratuita por el descubrimiento y la puesta en práctica de los propios talentos.

La incapacidad de la Iglesia de seguir el ritmo del mundo contemporáneo, porque muchos jóvenes creen que no está en disposición de dar razón de su propia fe y de sus propias posturas éticas. Para ellos sigue sin ser válido el argumento de autoridad respecto a lo que se debe y no se debe hacer: desde el punto de vista intelectual no son contrarios por principio a las posiciones morales y sexuales eclesiales, pero piden la explicitación de las razones de éstas. Los jóvenes “están hambrientos de verdad”, afirman varias Conferencias Episcopales.

b) Una Iglesia de la escucha y la atención

Por todo lo que ha salido antes una Conferencia Episcopal afirma que los jóvenes piden a la Iglesia ¡“un monumental cambio de actitud, de orientación y de práctica”! En un tiempo en el que ya no es posible pensar en una cultura católica que domine la sociedad civil, se le pide a la Iglesia que pase, en primer lugar, *de la humillación a la humildad*, después, *del individualismo a la comunión* y, finalmente, *de la exterioridad a la interioridad*.

El cambio de perspectiva fundamental afecta a la cuestión relacional. La generación con la que estamos tratando es mucho más sensible a los bienes relacionales (familia, amistad, amor en primer lugar) que a los materiales, aunque los desprecian. Los

jóvenes son más sensibles a los deseos que a las necesidades, están más interesados en el reconocimiento que en la satisfacción, en la búsqueda de una escucha auténtica y una cercanía real.

¡Piden a la Iglesia un *giro relacional* decisivo!

He aquí solo algunas expresiones que se repiten en las respuestas al *Cuestionario*: “Una Iglesia no institucional sino relacional”; “una Iglesia menos institucional y más relacional”; “una Iglesia que sea auténticamente madre”; “una Iglesia que sea casa con la puerta abierta”; una comunidad abierta y acogedora”; una experiencia familiar de Iglesia”; “una Iglesia donde exista inmediatez comunicativa con la autoridad”; “una Iglesia amiga y próxima”; “una verdadera fraternidad donde se escuche sin juzgar”; “una familia donde nos sintamos escuchados”, porque “sólo la escucha reconcilia, sana y redime”.

Este tema de la relación, de la cercanía y de la escucha me parece decisivo sobre todo en el mundo digitalizado y virtual en el que vivimos, que es un mundo de una gran soledad, porque “los medios sociales representan una atrofia de la socialidad [...] y actúan de un modo que hace cada vez más angosto nuestro horizonte de experiencia”⁵. En este sentido la cuestión tecnológica es en el fondo un problema eclesiológico⁶, en el sentido de que es propiamente una falta de relaciones verdaderas y profundas en la realidad y en la Iglesia que nos lleva a huir a otros mundos. Los jóvenes saben que “el *me gusta* es el grado cero de la *percepción*”⁷ y que “en la comunidad del *like* se encuentra solo a sí mismo y a los semejantes”⁸. Y por esto buscan algo alternativo, en cuanto que “la actual hipercomunicación ahoga los espacios de silencio y soledad, donde solo es posible decir cosas que merecen ser dichas”⁹.

Los jóvenes solicitan a la Iglesia que ofrezca, como dice una Conferencia Episcopal, una “contracultura profética” de la santidad, porque “la ruidosa sociedad del cansancio es sorda. La sociedad del futuro podría llamarse una *sociedad de la escucha* y

⁵ H. Byung-Chul, *L'espulsione dell'altro. Società, percezione e comunicazione oggi*, Roma 2017, 9.10.

⁶ A. Zirschky, *Beyond the screen. Youth Ministry for the Connected But Alone Generation*, Nashville 2015.

⁷ H. Byung-Chul, *L'espulsione dell'altro. Società, percezione e comunicazione oggi*, 55.95.

⁸ *Ibid.* 96

⁹ *Ibid.* 80, 81.

*de la atención. Hoy es necesaria una revolución del tiempo que dé inicio a un tipo de tiempo completamente diverso. Se trata de descubrir de nuevo el tiempo del otro*¹⁰.

- c) Liturgia viva y cercana, diálogo abierto y motivado, concreción operativa

A partir de este decisivo desafío relacional toman cuerpo otros muchos desafíos pequeños y grandes que giran en torno a él. Retomo algunos de ellos.

No pocas Conferencias Episcopales señalan que uno de los requerimientos de un cierto número de jóvenes tiene que ver con la *liturgia* de la Iglesia: que sea bella, bien preparada, bien celebrada, juvenil. Una liturgia “viva y cercana” señala la Conferencia Episcopal española. Otra Conferencia Episcopal habla de una generación que alimenta una gran sed de oración y espiritualidad, definiéndola incluso como una “generación mística”. Me parece oportuno señalar aquí la valoración bastante crítica de la calidad de las homilías por parte de muchos jóvenes, en cuanto que éstas no abordan su situación y sus necesidades y no ofrecen instrumentos que les ayuden a discernir su mundo y su vida a la luz del Evangelio.

Un segundo aspecto a subrayar es el de la disponibilidad de la Iglesia al *diálogo* interno y externo. Tener capacidad de “consentir y provocar el debate”, de “comprender con empatía nuestra situación”, de “verificar la propia enseñanza a la luz de nuestro tiempo”, de “motivar adecuadamente las propias posiciones doctrinales”, de “afrontar con coraje la cuestión del papel de las mujeres en la Iglesia”. Para ser relevante la Iglesia necesita, según los jóvenes, ser significativa para su vida, entrando en diálogo y no proponiendo de forma autoritaria la propia doctrina. La necesidad de autenticidad en los jóvenes prevalece sobre la obediencia a la autoridad.

Un tercero y último aspecto que querría subrayar es la necesidad de *concreción* que aparece en varias respuestas. Una iglesia “a favor de los pobres”, “sensible a la cuestión ecológica”, “coherente y ejemplar”, “sobria, simple y pobre”, “clara y auténtica”, “capaz de discernir con seguridad el bien y el mal en un

¹⁰ *Ibid.* 101.

mundo caótico”, “que sostiene en los momentos difíciles”, capaz de “sostener materialmente a los jóvenes”, “valiente y decidida”, “una Iglesia comprometida con la justicia y la solidaridad”, “que denuncia el mal con radicalidad no solo en la sociedad y en el mundo, sino también en la Iglesia”.

4. LA AMBIVALENCIA DEL MUNDO DIGITAL

Otro aspecto importante a tratar es el del nuevo contexto digital que se va imponiendo no solo en el mundo juvenil sino en el imaginario social compartido en la vida de todos.

Me parece que también, en la Iglesia en su conjunto, pocos se dan cuenta en profundidad de la nueva comprensión del hombre que está surgiendo a través de la presencia de los así llamados *new media*, caracterizada de un potente acercamiento y de una inmediatez sin precedentes. En general se ignora la fluidez de este cambio, que está creando las condiciones para una verdadera y propia metamorfosis de la condición human. Sin embargo, está creciendo una conciencia eclesial crítica y reflexiva, no obstante las fatigas y los atrasos.

Algunos hablan de una “irrupción traumática de la red” en la vida de la sociedad, de la Iglesia y de los jóvenes. Algunas Conferencias Episcopales hacen notar que muchos pastores adultos no comprenden este nuevo lenguaje y tienen miedo, seguros de tener enfrente un “enemigo invisible” y “omnipresente”. En realidad, en muchos casos el miedo es hijo de la ignorancia y de la desinformación. He aquí la progresiva tensión de una “demonización” de los instrumentos digitales, sin pensar, en cambio, que se trata de un nuevo desafío que no es posible suprimir: desafío que pide una renovada toma de conciencia de la necesidad de educar a la libertad de la persona y velar por la responsabilidad de cada uno de nosotros, apoyándonos sobre el primado de la conciencia, centro y eje de la dignidad humana.

Es verdad que con el mundo digital, estamos en presencia de nuevas condiciones del ejercicio de la libertad, con algunos riesgos que no se pueden callar. No hay que esconder el impacto no pocas veces negativo sobre las jóvenes generaciones del mundo digital. Alguno habla de una “híper conexión que desconecta” a los jóvenes de la vida y muchos hablan de la inmediatez tecnológica que permite la eliminación de toda distancia: en este sentido, se

pierde de vista el valor de la espera, de la nostalgia, y del deseo. El ininterrumpido bombardeo mediático desorienta y crea fragilidad e inseguridad. Muchas veces en la red se crean relaciones que aumentan la soledad. Tener todo e inmediatamente sin ninguna espera temporal es una “nueva enseñanza” que el mundo digital ha ofrecido en los jóvenes. La inmediatez del instrumento, que acerca la posibilidad de satisfacción de cualquier necesidad relacional o instinto afectivo, aumenta sobretodo la falta de reflexión y de distancia crítica en las jóvenes generaciones. El uso superficial de las plataformas digitales, el riesgo de aislamiento que se encuentra en ellas y la búsqueda de un refugio, crean las condiciones para la búsqueda de una felicidad extremadamente fácil, radicalmente frágil y esencialmente inconsistente. La utilización del anonimato en internet es visto como un signo de inmadurez y de dificultad para asumir la propia responsabilidad, también y sobretodo de parte de los adultos.

Casi todas las Conferencias Episcopales europeas han declarado que se usa bastante el canal digital para la evangelización de los jóvenes: “Es extremadamente importante estar presentes en las redes”. “Ciertamente es un instrumento útil e indispensable para la evangelización”. Es un óptimo modo de ser creativos y relevantes en el mundo contemporáneo”. “Es un instrumento precioso de corresponsabilidad apostólica con las nuevas generaciones”. En esta última dirección, muchos jóvenes están directamente implicados en “proyectos digitales”, tanto que para algunas iglesias esta colaboración es vista como una de las más prometedoras fronteras para el protagonismo juvenil en la Iglesia, que en este nuevo areópago ¡tiene necesidad también de ser acompañada y orientada! Alguno hace ver también la existencia de una “conciencia ingenua y superficial” en algunos agentes de pastoral, los cuales parecen convencidos que el “nuevo instrumento” disponible, bien utilizado, será la solución de tantos problemas pastorales. Otros hacen notar que la Iglesia debe madurar un planteamiento diverso, más creativo y versátil, hacia el mundo de la comunicación en su conjunto.

Existen experiencias muy bien realizadas de contacto con tantos jóvenes a través de plataformas digitales: algunas ordenes religiosas masculinas y femeninas, junto con experiencias de movimientos, ya se han puesto en marcha para dar calidad al encuentro mediado con los instrumentos digitales, cualificando los agentes pastorales y creando así las condiciones para que el enfoque virtual llegue a ser ocasión de caminos concretos. *Sit*

institucionales, *App* dedicadas, *Blog* bien cuidados, *Fórum* de cualidad, pueden ser considerados experiencias de vanguardia en este mundo *on line*. Algunas Diócesis han hecho experiencias de “ejercicios espirituales digitales” y “monasterios digitales” dedicadas a la creación de comunidades de oración.

También es notable, en lo que respecta al discernimiento vocacional, que la red no sustituye jamás el encuentro real, encarnado. El “Face to face” es siempre necesario, sobre todo cuando se trata del discernimiento en orden a las opciones fundamentales de la vida: la relación a distancia puede ser un buen “refuerzo”, pero jamás un “sustituto” de la relación en carne y hueso.

Muchas veces se tiene un uso “informativo” que llega a través de los *new media*. Sería muy recomendable pasar a un uso “formativo”, a través de varios y propios proyectos de “*media education*”, dirigidos a ministros y también a algunos adultos en general, y no solo a los jóvenes. Son necesarios caminos educativos, una renovada capacidad de ascesis digital y un auténtico discernimiento sobre el posible desarrollo del propio trabajo en red.

5. LA OCASIÓN DEL SÍNODO SOBRE LOS JÓVENES

Me encamino hacia el final. No quiero anticipar las conclusiones del Sínodo, por el simple motivo que no hay ninguna todavía. El camino sinodal es un recorrido de gran riqueza, guiado por el Espíritu del Señor. Todos debemos ponernos a la escucha de su voz para renovar nuestra fidelidad al Dios que ama a los hombres, que nos acompaña en cada momento de la historia.

Estoy convencido de que el camino sinodal no será la *solución* de todos los problemas de la Iglesia ni de su misión entre los jóvenes. Ciertamente será una *ocasión* propicia para ponernos seriamente a discutir sobre la presencia y el protagonismo de los jóvenes en la Iglesia, sobre el impulso misionero que nos debe caracterizar como bautizados, sobre los desafíos de la época que debemos afrontar en nuestro tiempo y sobre nuestro contexto como comunidad de creyentes convencidos de haber recibido como don la gracia de la fe. Individuar y llamar por su nombre a los *desafíos* que nos esperan, identificar los *peligros* que estamos corriendo y reconocer con gratitud las *oportunidades* que están a nuestro lado son solo algunas dinámicas en las que deberíamos profundizar en estos años.

Pero para poder hacerlo es necesario que renazca en la Iglesia un renovado dinamismo juvenil. Lo que quizá podemos esperar de un Sínodo sobre los jóvenes es ¡el rejuvenecimiento de la Iglesia misma! Porque la Iglesia hoy, sobre todo en Europa, necesita realmente *adquirir un renovado “dinamismo juvenil”* para estar a la altura de su misión en esta coyuntura de la historia que estamos llamados a habitar con renovado entusiasmo. Es un cambio de época tan fatigoso como prometedor que a veces genera desaliento, cierres e involuciones. Verdaderas y propias “Retrotopias”, donde el miedo a un futuro incierto nos hace retornar a un pasado que parece ofrecernos seguridades perdidas e irrecuperables¹¹.

Si bien desde el punto de vista físico el joven se encuentra en el momento de máxima fuerza expresiva y de plenitud de energía propositiva, hasta el punto de ser presentado como una vida en pleno despegue, se caracteriza ante todo por el *coraje* de tomar en sus manos la propia vida y por la *fortaleza* de osar hacerlo. Está convencido de llevar la novedad de su presencia y de su punto de vista nuevo a la historia de los hombres.

Bíblicamente es muy significativo, para expresar sintéticamente la identidad juvenil, referirse a la figura de Josué, el joven asistente de Moisés que en un cierto momento es llamado a guiar al pueblo para conducirlo a la tierra prometida. A él se le dirige en varias ocasiones esta palabra, tanto por parte de Moisés como por Dios mismo: “Sé fuerte y muy valiente” (cf. Dt 31,7.23; Gn 1,6.7.9.18).

De este horizonte simbólico caracterizado por la fortaleza y el coraje, en el que reside el dinamismo propio de la juventud entendida como *virtuosidad naturalmente propositiva frente a la existencia*, nacen los caracteres propios de la edad juvenil: el gusto y la fatiga de la búsqueda, la capacidad de arriesgar caminos nuevos, la generosa puesta en práctica de la propia creatividad, los intentos inéditos de proyectos y de acciones, el descubrimiento gozoso de los propios talentos y el compromiso propositivo para hacerlos fructificar, la capacidad de levantarse pronto de sus propias caídas, la confianza inquebrantable en el futuro y el deseo de encontrar la propia vocación y de este modo la propia misión.

Una Iglesia que asuma en sí estos rasgos propositivos de la juventud podrá ciertamente estar a la altura de la propia vocación

¹¹ Z. Bauman, *Retrotopia*, Bari 2017.

y misión en el mundo de hoy. Y podrá ser fiel a las palabras que hace más de cincuenta años dirigía a los jóvenes de todo el mundo. En el fondo, me parece, esta es la expectativa más decisiva e importante que proviene del Sínodo sobre los jóvenes.

En el interior de este gran objetivo de “rejuvenecer el rostro de la Iglesia” veo después tres tareas sintéticas del próximo Sínodo, que propongo a vuestra atención, a partir de algunas interesantes citas directas de diferentes Conferencias Episcopales.

- a) *Mind the gap*: tomar consciencia con realismo de la distancia

En muchos países de lengua inglesa la plataforma del metro, con la línea amarilla visible que delimita el espacio para no exceder la espera del tren, está acompañada por la expresión “mind the gap” (“atención a la distancia”), que nos invita a prestar atención a la distancia entre el andén y la puerta. También con respecto a la relación entre la Iglesia y los jóvenes lo primero, antes de todo, es estar atentos a la distancia.

Una Conferencia Episcopal dice que muchas veces “los jóvenes no están en el corazón de muchos Obispos, sacerdotes y religiosos”. Una expresión fuerte que nos provoca e interpela. Tal vez eso nos ponga también a nosotros en crisis pero ciertamente nos ayuda a hacer verdad en nuestro corazón. Los jóvenes ¿habitan nuestro corazón? ¿Es su crecimiento nuestra prioridad? ¿Cuál es la jerarquía de nuestros intereses?

Otra Conferencia Episcopal dice que “los jóvenes no son fuerza de trabajo que se debe implementar para lograr nuestros objetivos, sino que son coproductores de una visión compartida”. Se refiere a un uso instrumental de los jóvenes, que no son valorados por los talentos o la novedad que pueden aportar a la Iglesia. ¿Cómo consideramos los jóvenes en nuestros ambientes? ¿Los usamos o los valoramos?

También se dice que “en muchos ambientes la pastoral juvenil se reduce a grupos de interés social”. Es una frase que nos interpela sobre la calidad de nuestra propuesta educativa y pastoral. ¿Somos condescendientes o exigentes con los jóvenes? ¿Les ofrecemos solo entretenimiento lúdico y recreativo? ¿Somos todavía capaces de propuestas fuertes, que movilicen la vida de las personas?

- b) *Bridge the gap*: cerrar la brecha a través de acciones valientes

No solo debemos ser conscientes de la distancia, sino también esforzarnos por llenarla, construir puentes, volver a conectar las relaciones, volver a suturar las grietas, crear nuevos escenarios relacionales. Una Conferencia Episcopal está convencida de que “muchos jóvenes quieren una iglesia capaz de desafiar a sí misma para enfrentar los desafíos de nuestro tiempo”. ¿Cuáles son las prácticas obsoletas que ya no dicen nada a la generación más joven? ¿Qué directrices deben desarrollarse para crear comunión con los jóvenes? ¿Qué actitudes deberían desarrollarse para que los jóvenes sientan que la Iglesia es su madre?

Nuevamente se dice que “en medio de una vida ruidosa y caótica, muchos jóvenes piden a la Iglesia que sea un hogar espiritual”. Esta expresión es muy fuerte, define a la Iglesia como un hogar espiritual capaz de ayudar a los jóvenes a crear unidad en sus vidas, continuamente amenazados por la incertidumbre, la fragmentación y la fragilidad. ¿Cómo estamos trabajando para que en nuestras realidades eclesiales se respire un verdadero espíritu de familia, donde los jóvenes realmente se sientan como en casa?

En una fórmula lapidaria, una Conferencia Episcopal afirma que “los jóvenes tienen hambre de la verdad”. No están satisfechos con las últimas novedades del mercado, pero en última instancia anhelan la única verdad, que solo puede llenar sus corazones. En un tiempo muy secular, al menos en los países del llamado Primer Mundo, mucha investigación sobre la condición de la juventud nos asegura que hay una auténtica nostalgia espiritual en ellos, a la que se debe responder a través de una propuesta de espiritualidad adecuada.

- c) *Overcome the gap*: para crear una renovada alianza con los jóvenes

No solo se debe cubrir la distancia, sino que también se debe atravesar; se debe recorrer; debemos llegar a un encuentro renovado y fructífero con las generaciones más jóvenes.

“La Iglesia debe ser un amigo, antes de pretender convertirse en madre y maestra”, dice otra Conferencia Episcopal. Debemos pasar por el puente de la amistad, de la simpatía, de la

bienvenida, de la humanidad buena y fragante. Solo de esta manera Dios hecho hombre, el maestro del encuentro artesanal que cambia la vida, puede entrar en la existencia de los jóvenes.

“Es importante para los jóvenes que vean en la liturgia una atención y un amor por Dios, Jesús, los santos y lo sagrado. No vienen a la Iglesia a buscar algo que puedan obtener en otro lado”. Llama la atención que muchas respuestas al cuestionario indiquen cómo los jóvenes son sensibles a la calidad de la liturgia de la Iglesia. Desean homilías capaces de tocar sus corazones e interceptar su situación concreta. Este es un gran pedido para la calidad de nuestra manera de celebrar, porque la liturgia es una prueba de fuego de la salud eclesial. ¿Cómo nos estamos moviendo en esto?

Finalmente, una Conferencia Episcopal testimonia que “desde que los jóvenes han vivido un encuentro con Cristo, se ha despertado en ellos un interés por formar y servir a Dios y a otros jóvenes”. La Iglesia siempre ha sido una mediación que lleva al encuentro con Jesús, es un puente que permite el encuentro con Él, la posibilidad de hacer una verdadera experiencia de gracia. Y si se produce el milagro del encuentro, la vida se transforma: de personas incapaces de vivir y de tener esperanza, muchos jóvenes se convierten en “discípulos misioneros”.